

Tres buenos tigres

Contenido explícito. Una trilogía americana

JUAN SEBASTIÁN GAVIRIA

Literatura Random House, Bogotá, 2017, 471 pp.

Contenido explícito (qué buen título) es una apuesta grande. Gaviria (1980) y la editorial asumieron el riesgo de publicar en un mismo volumen tres novelas que, más allá de la obviedad de suceder en Estados Unidos y estar llenas de violencia, no parecen tener mucho en común. No obstante, funcionan bastante bien juntas, quizás porque lo que realmente las une es el dolor: son tres buenas historias tristes.

Shotgun Zen, la primera de ellas, es una historia de huida. Dos hermanos (Carter y Floyd) van a mil por las carreteras de Estados Unidos. Atrás han dejado a sus padres muertos. Floyd, autista, los ha matado: a ella la asfixió, a él lo decapitó con un hacha. Un loco veterano de Vietnam y un sheriff van tras ellos. Este último es el padre de Odette, la chica de Carter. El hombre tiene celos: ha visto a los dos jóvenes haciendo el amor y no puede soportarlo. La muchacha — cree — es suya, solo él puede tener sexo con ella. Ha quedado viudo, y desde hace un buen tiempo, muy tranquilamente, cada vez que siente deseo, la viola.

Como bien se ve, el capital de trama con el que cuenta el autor es amplio y provocativo. Advirtamos, entonces, que no tiene mayor interés en solucionarlo del todo. Gaviria no solo deja ver su pasión por la literatura estadounidense al ubicar en Norteamérica las historias que componen este libro, sino que toma mucho de las formas narrativas de los autores gringos del siglo XX: asoma a los lectores a un pedazo de la historia — a lo que él quiere que vean y lean — y después cierra el telón. Valga decir que en *Shotgun Zen* lo sabe hacer. La novela termina tras un suceso absoluto, pero el lector no siente que le quedaron debiendo páginas; acaso quizás porque descubre que, más que la trama, el centro de esta novela es la monstruosidad del ser humano, su (nuestra) fascinación por atacar al otro y seguir adelante. Así, la carretera toma un obvio sentido

simbólico al que Gaviria no le hace fuerza: sabe que está muy claro y que cualquier cosa que diga (escriba) va a ser cháchara de mal gusto.

Respecto a lo formal, en la novela hay un recurso interesante tomado de la cinematografía. Gaviria no se descara usándolo; si así fuera, la lectura sería insostenible. Consiste en contar en un capítulo hechos puntuales sin detallarlos mucho, generando cierto estado de confusión y duda en el lector, y de pronto, páginas adelante, volver a ellos desde la focalización de un personaje distinto, para ahora sí desarrollarlos y explicarlos — casi — completamente. Así hace, por ejemplo, con el asesinato cometido por Floyd y con una llamada clave que Carter le hace a Odette: cuando uno sigue leyendo, pero siente que le faltó saber al respecto, o cuando uno vuelve a preguntarse qué habrá sucedido del otro lado de la escena, Gaviria, con buen gusto, vuelve al tema.

La cacería y los animales aparecen en las tres novelas que componen el volumen. En *Shotgun Zen*, las codornices y un perro llamado Tank juegan un papel importantísimo. Las primeras tienen que ver con evocaciones de la infancia que aparecen en algunos capítulos y permiten esbozar los caracteres de Carter y su hermano, así como la relación que tienen estos dos (entre otras cosas, por qué el uno no reaccionó violentamente cuando el otro mató a los padres). Además, son lo único que Floyd come. El muchacho autista (un personaje fantástico) solo se alimenta de codornices. Y el perro... bueno, el perro es uno más en la huida y se constituye también en un gancho que le permite al autor dar brochazos de la relación entre Carter y su hermano.

Hacia las once de la noche Carter vio pasar por la ventanilla derecha una estación de servicio. Liberó el acelerador y esperó a que la camioneta se detuviera por su cuenta. Puso el freno de mano, encendió las luces de parqueo, apagó el motor y bajó de la camioneta. Abrió la puerta del copiloto, hurgó bajo el asiento y sacó un lazo. Lo ató de la cintura de Floyd al cuello de Tank. Les diría a su hermano y al perro que lo esperaran ahí. Probablemente Floyd no obedecería, pero Tank no se movería ni un centímetro. (p. 34)

Sí, todo muy cinematográfico y muy gringo. Ahora bien, ¿es este un defecto? ¿Tiene que escribir un colombiano historias locales con tono local, si es que acaso aquello existe? Para nada: *Shotgun Zen* es una excelente novela corta.

Mojave Flowers, la segunda novela, es menos efectiva. La historia sucede en el Hollywood de los años treinta y, a mi parecer, se demora en comenzar. Quizás porque Gaviria quiso darle la estructura y el tono de una película de aquellos días: un thriller complejo que durante un buen rato no le da al espectador una cuerda de la cual tirar para al fin entender hacia dónde va la historia. Tanto la trama como lo formal están íntimamente ligados, entonces, a la industria cinematográfica, o a lo que entendemos como el Hollywood dorado.

Gaviria se metió con un tema interesantísimo: la Legión de la Decencia, que operó realmente, y que buscaba censurar el cine que se hacía en Estados Unidos por aquellos días. Lester, el protagonista, un matón que se le mide a todo, es buscado por el arzobispo William Meeks para que robe un guion. Wayne Avery, quien va a producir y dirigir la película, es un hombre poderoso, millonario y dueño de un buen número de teatros, así que las redes de la Iglesia y su censura apenas si podrán afectarlo. La película, si se llega a hacer, será vista por los espectadores de Estados Unidos, ávidos de violencia y cuerpos desnudos. Del guion solo hay una copia, en poder de Avery. Pero para Lester, por supuesto, no será fácil tomarla, en parte porque su hija Yvonne, que es actriz, está mucho más cerca del poderoso hombre del cine de lo que el protagonista de la novela quisiera.

El obispo de Cleveland trepó a su púlpito para gritar las palabras ¡Purifiquen a Hollywood o destruyan a Hollywood!, y hubo un cura de Búfalo que sugirió que la palabra *Movies* era un acrónimo: M de *murder*, O de *obscenity*, V de *violence*, I de *immorality*, E de *exposition*, y S de *sex*. Se llegó a la conclusión de que ver películas inmorales era un pecado mortal como el asesinato o el adulterio, y las boletas de cine se convirtieron en pasajes al infierno. Algunas iglesias reemplazaron el

NOVELA		RESEÑAS
<p>juramento oral por un documento oficial que debía ser firmado. En cuestión de semanas un millón de personas habían tomado el juramento en Chicago y Boston, medio millón en Detroit y Cleveland, y cientos de miles en Providence, Los Ángeles y Seattle. Dos meses después, la Legión de la Decencia contaba con más de siete millones de miembros. Fue por ese entonces cuando el arzobispo Meeks, mano derecha de Shaun D. Carrell, se mudó a Hollywood. (pp. 193-194)</p> <p>Hay que decir que cuando la novela al fin toma camino se hace bastante interesante. Como en un buen thriller cinematográfico (que busca evocar), el final se torna inesperado y Gaviria vuelve a lo que bien sabe hacer: <i>Mojave Flowers</i> termina, pero en el lector queda la sensación —agradable— de que la historia no para. Lástima que se hubiera demorado tantas páginas en comenzar.</p> <p>Es en <i>El futuro</i>, la tercera novela, donde Gaviria hace la mayor de sus apuestas, porque aquí no se apoya en una trama fuerte. En <i>Shotgun Zen</i> y en <i>Mojave Flowers</i> sucede de todo, pero aquí la historia es más simple: cuenta la vida de Caleb, un motociclista de los años veinte, y las dificultades que vive para alcanzar el éxito en las pistas. La fortaleza está en la construcción del personaje y en la empatía que él consigue generar en el lector: ese desespero, esa locura, esa pasión, esa necesidad de perdurar que lo posee y que termina tocando fibras muy particulares. <i>El futuro</i> es, pues, una novela más sofisticada. Algo más: es también, de las tres, la que más se recuerda. No solo por el carácter de Caleb sino por lo particular del mundo en el que vive. En <i>Contenido explícito</i>, Gaviria deja ver un vasto conocimiento de lo que está contando, y cuando no sabe, es bueno inventando; tanto así que el lector se ve revisando en internet datos e información para saber qué lugares y personajes existieron y cuáles no. Así sucede, sobre todo, con los teatros y hombres poderosos que aparecen en <i>Mojave Flowers</i>. Pero en <i>El futuro</i>, más allá de la credibilidad, está el factor de lo nuevo: lo poco conocido que es para un lector colombiano el mundo de las motocicletas y las carreras en los</p>	<p>Estados Unidos de hace cien años. Tan lejano, tan raro y sin embargo, gracias a <i>El futuro</i>, tan apasionante.</p> <p>De alguna manera, el mayor temor de Caleb era que este mal episodio eclipsara su gloria y arruinara su reputación, pero también alcanzaba a advertir que quien observara con detenimiento aquel suceso en el desierto, cuando se encontró con el malherido Porter y optó por seguir avanzando hacia la meta, podría reconocer los más profundos rincones de la psicología del verdadero Caleb Roarke. Del Caleb Roarke cuyas fortalezas y debilidades eran inextricables. (p. 430)</p> <p>Tres buenas novelas, tres buenos tigres. Más allá de las razones que el escritor dio a la prensa de por qué publicaba las tres novelas en un solo volumen (las tres como un viaje al pasado, las tres como una profundización en la crueldad de la cultura norteamericana, etcétera), queda una pregunta: ¿no daba cada una para ser un libro independiente? Me parece que sí. Es más, creo que al salir juntas terminaron opacándose entre ellas.</p> <p style="text-align: right;">Andrés Arias</p>	